

A veces prosa

La isla en el horizonte

Adolfo Castañón

0

Las letras del continente americano, latinoamericano o hispanoamericano no admiten una definición fácil. Tampoco y menos las del Caribe. El mercurial “genio del lugar” antillano estalla y se pulveriza, en una lluvia de letras y alientos. Parecería haber un contraste compensatorio entre los países con grandes y vastas extensiones de territorio que producen narraciones telúricas y novelas fluviales, poemas torrenciales y los solares acotados de las pequeñas islas que se amurallan en el poema conciso, la tensa viñeta y el cuento delicadamente construido como un ala de mariposa. ¿La literatura puertorriqueña es distinta de la cubana y de la dominicana? ¿Hay un *ethos* específico para la trova, el choteo, la huaracha y el merengue? No sé si la literatura puertorriqueña sea muy conocida en México.

Me consta, por los estantes de mi biblioteca, que en esa isla vivió Eugenio María de Hostos, prueba viva y leída, rediviva, de la comunicación existente en ese microcosmos cultural que es el mar Caribe. Otros escritores puertorriqueños más cercanos son las poetas Concha Méndez y Julia de Burgos, el poeta Luis Palés Matos, el cuentista puertorriqueño exiliado en México José Luis González, el cuentista y ensayista Edgardo Rodríguez Juliá, la novelista Rosario Ferré, el novelista Luis Rafael Sánchez, la crítica y estudiosa literaria Yvette Jiménez de Báez, trasterrada en México, el filósofo trasterrado en Puerto Rico Ludwig Schajowicz, la filóloga y crítica literaria Luce López-Baralt y su hermana, la ensayista y narradora Mercedes, en fin, el crítico y narrador Arturo Echavarría. De Puerto Rico sabemos que se



produjo allá una revista literaria legendaria: *Asomante* (1941-1999), fundada por Nilita Vientós Gastón, amiga y lectora del joven Arturo Echavarría; también sabemos que en la isla se refugiaron los poetas españoles Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas, y que ahí también se aloja no sólo el archivo del poeta andaluz sino el del escritor maestro de Jorge Luis Borges, Rafael Cansinos Assens. Otro dato que susurran las estanterías: la revista *La Torre* de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, que fue dirigida por nuestro amigo Arturo Echavarría entre 1986 y 1995. Puerto Rico es, más que una isla inquietante, un pequeño archipiélago. Allí, hace algunos años, salió de la cárcel el poeta y pintor Elizam Escobar, después de varios lustros de encierro, por, supuestamente, conspirar en pro de la libertad de su país. Puerto Rico es, insisto, una isla inquietante donde mal conviven los ciudadanos con los soldados y los agentes federales en los entornos de las playas de la isla de Vieques, donde se encuentra instalada una base naval estadounidense.

Tan inquietante me parece que hace algunos años escribí lo siguiente:

Puerto Rico, ¿existe? Su condición de “Estado libre asociado” es un engendro hechizo pues en realidad la isla irrepetible no es propiamente un estado más de *Usamé-*

rica; no pertenece a la federación; es un territorio definido anexado con la particularidad de que en él se hablan dos idiomas, el inglés y el español. Así, los puertorriqueños son “peregrinos en su patria”, extranjeros en su propia tierra, hermanos en ese sentido de los indios de América o de los palestinos. Cuando uno llega a Puerto Rico, no se tiene la sensación de entrar a un país de América Latina. El barullo y el vahído, el ruido, la aglomeración, aquellos ecos de un caos festivo que le hacen a uno reconocer de inmediato que se ha ingresado al continente latino, no se advierten al entrar a Puerto Rico. Todo, limpio y liso, aséptico y vacío, sugiere que se ha llegado a otro de los ubicuos puntos de la utopía usamericana, a otro de los espacios creados por el no-lugar occidental pues —reconozcámoslo— nuestra civilización avanza sustituyendo la toponimia y la topografía aborígenes o tradicionales por una anomia y una atopía que lleva a vaciar a los lugares de sus nombres y de su ser y a inventar un espacio liso intercambiable: Miami, Puerto Vallarta, Tenerife, Cartagena, Santo Domingo y Puerto Rico son, desde el mirador de los grandes hoteles para turistas europeos, japoneses y estadounidenses, desde el balcón de las avenidas con tiendas de *souvenirs*, lugares muy parecidos entre sí.

¿Dónde está Puerto Rico? ¿A cuántos pasados y a cuántos futuros de distancia? En Puerto Rico se ha vivido en tierra propia el tema de la anexión imposible. ¿Cuál es la condición jurídica real de esa fantasmal entidad llamada Estado asociado? Ciertamente, el español es la lengua oficial, pero isla adentro casi todo se señala, comercia y comunica en inglés. Escribir

en español en Puerto Rico es un acto de heroísmo. Puerto Rico no tiene un gobierno propio, es un Estado asociado cuyo carácter jurídico es incierto; no tiene embajadores. De ahí que los escritores, necesariamente intravagantes, tengan que asumir su vocación de embajadores. Desde México no nos damos bien cuenta de ello; nos vemos obligados a preguntar ¿a cuántos pasados o cuántos futuros de distancia está Puerto Rico?

Cuando el mime sea león
y el alcazarcillo sea tormenta,
y el número dos, cuarenta
y el centavo sea vellón,
y la hormiga sea dragón
y lo seco sea humedad,
o cuando en la oscuridad
un ciego lea de corrido
ese que a mi suelo querido
le darán la estadidad

(Yvette Jiménez de Báez,
La décima popular en Puerto Rico,
Universidad Veracruzana, 1964, p. 371).

Éstos son unos versos que la estudiosa puertorriqueña Jiménez de Báez recogió en un libro y que sugieren al lector dónde está ese lugar sin lugar llamado Puerto Rico.

I

Arturo Echavarría es conocido como profesor de literatura comparada y por ser autor de varios libros sobre Jorge Luis Borges, como *El arte de la jardinería china en Borges y otros estudios*,¹ que tuvo la fortuna de presentar hace unos años en México en compañía de Carlos Monsiváis. El estudio que da título al libro está dedicado a José R. Echeverría y Nilita Vientós Gastón *in memoriam*. La dedicatoria a Nilita coincide con la inscrita en el cuento titulado “El retrato chino”. Ambos textos tienen en común el motivo de la estética del arte antiguo chino, en el ensayo en el campo de la jardinería zen y en el cuento en el ámbito de la pintura de los maestros de Ch’an “que no llevaban los nombres de los pintores sino

¹ Madrid, Iberoamericana, 2006.

de los personajes mismos”. He pasado y paseado mentalmente varias semanas del brazo del autor con este tema de los eventuales paralelos entre el estudio de Arturo sobre “El jardín de senderos que se bifurcan” y el cuento de “El retrato chino”. Otro de los estudios es el que se refiere a “Borges, los clásicos y el canon literario”, que se me antoja puede arrojar luz sobre los entornos del cuento. Echavarría es autor, además, de un extenso y definitivo ensayo en torno a Rubén Darío titulado “El coloquio de los centauros: poesía y poética”.² El ensayo de Arturo Echavarría hace ver hasta qué punto el crítico domina las claves y armónicos de la literatura hispanoamericana.

II

La isla en el horizonte asedia en su prisma narrativo de siete facetas un amplio horizonte, ofrece siete perspectivas sobre la vida cotidiana de unos personajes que casi se antoja llamar personas por su veracidad literaria y que comparten algunas estribaciones como denominadores: pertenecen a la cultura del Caribe hispánico de fines de siglo XX y principios del XXI, casi podría decirse que son puertorriqueños y que tienen en común no se sabe si la inocencia o cierta disponibilidad para que les sucedan cosas y casos: son pasto del azar objetivo, en ese sentido, son como páginas en blanco o pizarrones limpios sobre cuya identidad el autor-narrador esboza, como si se las sacara de la sombra, las historias que les sucederán. Los siete cuentos de esta semana clarividente y realista plantean una revelación o un descubrimiento, los sorprende una iniciación o los guarda o devora un secreto... Secreto es una buena palabra para tratar de definir esta escritura que los sabe guardar y administrar tanto y tan bien.

“La luna y los sapos”, la primera historia, tiene como personajes centrales a una niña-adolescente que sobrevivirá en la mujer amiga que da cita al narrador, en el es-

² Rubén Darío, *Coloquio de los centauros*, edición, introducción y notas de José Luis Vega, prólogo de Arturo Echavarría, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico, 2016.

cenario encantado de sus experiencias iniciales en el conferimiento amoroso y clandestino con otros dos adolescentes —una pareja enamorada— que podría decirse que, sin que nada aparezca en la superficie contada, la corrompen. Loli se llama la niña protagonista de esta historia pegajosa, entrañable, una alusión nítida a la *ninfeta* de Nabokov. Pero esta niña lleva en su sombra algo de Cordelia, la hija preferida del Rey Lear de Shakespeare, esa entrañable y cándida Cordelia que no sabía mentir y recibía el castigo mansamente. “La luna y los sapos” explaya, entre sobreentendidos y alusiones, la historia de unos muchachillos medio perversos y de una niña pervertida por esa pareja de amigos mayores que la invitan a sus juegos, en los cuales interviene como una suerte de mudo protagonista una cámara fotográfica que los capta y, por así decir, les roba el alma. Esas fotos, que nunca veremos, y que el narrador evoca oblicuamente, representan el combustible sutil de la deflagración moral que devastará desde adentro la sensibilidad de la niña y que, más tarde, la llevará a dejarse morir de frío, desnuda bajo un abrigo, en un parque de la megalópolis de hierro. Detalle, por cierto, que a este lector le parece algo exagerado y que lee más bien como un guiño hacia otras muertes trágicas de puertorriqueños acaecidas en Nueva York, como la de la poeta Julia de Burgos. El cuento teje su trama en diversos espacios o esferas, uno, el lugar encantado de la iniciación, ese hotel primero encantado y luego decadente que casi se diría es el verdadero eje del cuento; dos, ese mismo lugar al cual es citado el narrador muchos años después para encontrarse y desencontrarse con la imagen y memoria de esa amiga lejana, Loli, quien entre tanto ha sido rechazada por su familia, se ha transformado en actriz y actúa en un teatro de segunda representando al personaje emblemático de Cordelia, con cuya inocencia no puede sino identificarla el lector. El hotel decadente donde está situado el balneario que es el escenario de este jardín narrado está habitado por esculturas prehispánicas de origen taíno, figuras de rostros semideformes y monstruosos, en parte humanas, esculturas quizá de dioses o de genios tutelares cuya apariencia las hermana con la de

las ranas o sapos, como esos mismos croados coros se columpian en la noche tropical: “habían dejado a los niños pequeños junto a un arroyo [...] dicen que lloraban y sus madres se habían ido [...] y diciendo *toa, toa* como quien pide una cosa con gran deseo y muy despacio, fueron transformados en pequeños animales a manera de ranas”, dice la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* (taínos) (c. 1498) de fray Ramón Pané, quien llegó a Puerto Rico durante el segundo viaje de Cristóbal Colón. El sabio epígrafe dibuja en el trasfondo el arpa de una genealogía mágica que enlaza a los niños abandonados a la infancia caída en la intemperie, fuera de la mirada afectiva o protectora de la familia, con el áspero himno de las ranas, y traza implícitamente un puente entre la historia trágica de la niña, cuyo secreto nos va revelando el cuento y aquellos otros infantes —sin voz— precursores. El cuento “La luna y los sapos”, puesto al inicio del libro, le da el tono de realismo ambiguo, preñado de tensas alusiones literarias que se despliegan con sigilosa eficacia a lo largo y a

lo ancho de los otros seis cuentos, impresos en las 126 páginas del libro.

Si en “La luna y los sapos” la tristeza y el desencanto permean dulcemente la atmósfera placentera y amena, “Fin de semana en Santomás” parecería prolongar ese mundo de los adolescentes que buscan salir de la mirada tutora de la familia y salen al encuentro de lo inesperado. El narrador de “Fin de semana en Santomás” comprueba en vida propia que los personajes en apariencia secundarios cobran relieve y llegan a tener algo de amenazantes. “Epifanía en las termas” se da abiertamente como un ejercicio donde el lector asiste a la escritura del cuento por medio de un autor indeciso y, de nuevo, abierto, expuesto a lo casual, encarnado en la persona de un aprendiz de escritor que asedia al autor que ha ido a las termas en busca de tranquilidad e inspiración. “El retrato chino” es quizás uno de los cuentos más inquietantes de la colección. Su lección es sencilla: resulta peligroso comprar antigüedades, pues un retrato chino puede ser más que un ob-

jeto, un sujeto. Leo además en este cuento una alusión sutil al mito del letrado exquisito.

III

“El llamado” es uno de los cuentos más notables de la colección. Empieza narrando el viaje de Lili desde un pueblo del interior hacia la capital. Va en busca de un abogado. No tanto por asuntos legales sino familiares y personales. Al parecer, el abogado es el único que conoce al hijo de su examante, Rafael Duarte, llamado Rafael José. Necesita encontrarlo a toda costa pues él representa la última posibilidad que ella tiene para poder comprar la casa en que había vivido como inquilina por una suma accesible y no verse obligada a vivir en la calle. El abogado es la única pista que ella tiene para encontrar a su querido y perdido “hijastro”, por llamarlo de algún modo. El cuento pone en juego, expone las relaciones entre las dos alas de una “familia”, compuesta por los hijos de la “casa grande”



Arturo Echavarría

© Javier Navarrete

y de la “casa chica”, como se diría en México entre el hijo de la casa grande —Rafael José— y la señora de la casa chica —Ligia, Lili Anselmi—, a la que profesa devoción y apego inexplicables a lo largo de los años. Rafael Duarte se las arregló para que los hijos de las dos casas convivieran, para escándalo del pueblo. Entre el hijo mayor y la señora Lili siempre se dio cercanía y amistad, respeto y simpatía. Pasan los años, muere Rafael Duarte, el padre, los hijos crecen, los hijos se pierden de vista, pero Lili necesita encontrar a toda costa a ese Rafael José con quien la unían muchas cosas, en especial el arte de silbar de cierta manera. Ese arte será su salvación. El breve y bien escrito cuento, llevado como una narración detectivesca, permite al lector asomarse a las entrañas de una sociedad desgarrada, pulverizada por la modernización y al mismo tiempo unida por lazos afectivos muy profundos. El hecho de que el silbido haya pervivido como una forma de comunicación remite a un mundo prealfabético y casi animal. Los delfines se llaman con silbidos, las comunidades indígenas en México se comunican de montaña a montaña con silbidos. Pero todo esto es nada más la envoltura de un viaje a las fibras secretas, de una exploración del sistema nervioso, por así decirlo, de una sociedad rota y en proceso de sucesivas rupturas. Hay en el desenlace del cuento un mensaje esperanzador que hace ver que detrás de los edificios de concreto y de las urbanizaciones, la comunicación y la comunidad siguen siendo posibles. Sigue siendo posible escuchar “El llamado”.

IV

“De la mar profunda” es un ejercicio de exposición progresiva y de descubrimiento de la violencia subyacente y poco a poco emergente de un aprendiz de escritor, Kenneth, que gracias al espacio de un taller de creación literaria académica logra irrumpir con su mal contenida violencia en el espacio de una profesora de literatura, Raquel, que ve su vida repentinamente amenazada. El contrapunto del orden y de la violencia articula poco a poco una narración que podría llamarse de realismo gó-

tico de tierra caliente, para evocar el nombre de Álvaro Mutis.

V

Lo que se juega entre los biombos y bambalinas de estas redes de palabras alojadas en la ínsula fronteriza del libro es el presente, las presencias y la historia inmediata, la experiencia vista desde un lugar que es una isla llamada Puerto Rico. La contenida y sobria vehemencia de las narraciones acusa las urgencias e incertidumbres de unas personas que el autor dibuja y desdibuja y llama Enrique y Loli (en “La luna y los sapos”), Eduardo, Sara, Natalia, Roberto (“Un fin de semana en Santomás”), Roberto Suárez, Isabel, Manuel (“Epifanía en las termas”), Emilio Subirat (“El retrato chino”), Ligia Anselmi “Lili”, Rafael Duarte, Rafael José (“El llamado”), Raquel Miranda, Kenneth (“De la mar profunda”), Gustavo, Fernando, Mariana, Zuzie (“La isla en el horizonte”). Estas presencias se trenzan o sostienen experiencias que se dan en lugares y situaciones casi todas vividas en Puerto Rico, San Juan, en sus suburbios, en Ponce, a orillas del mar. Los nombres de Shakespeare, Horacio Quiroga, Antón Chéjov, Samuel Beckett, Joseph Conrad, Thomas de Quincey, el arte de la pintura antigua china al estilo de Shih K’o se compaginan e impregnan estas relaciones y relatos que tienen como aspiración contar el adentro de la experiencia, describir la meteorología afectiva que rodea a estos personajes que viven en hoteles, consultan agentes y abogados, son profesores o actores, capitanes, arquitectos, cuyos nombres en apariencia insignificantes esbozan al sesgo su identidad. Los personajes parecen flotar sobre la tierra, navegar el presente a la vez fluidamente y con dificultad y deben estar atentos a que lo imprevisto no irrumpa en la agenda y desarregle el orden cotidiano. La compra de una antigua pintura china en Macao firmada por un tal Shih K’o, el acceder a dar una clase de literatura los sábados, planear un fin de semana en una isla cercana a espaldas de los padres. Bajo la trama de estas aventuras de apariencia mínima, bajo las anécdotas trabajadas por

la atención hasta elevarlas en sus giros a la categoría superior del cuento y de la historia transfigurada en arte, se despliegan y acomodan los temas y motivos de la experiencia mística, de la comunión o simple y sencillamente de la sociedad que se renueva en sus pactos y constelaciones regidas por la afinidad. Atrás de estos ejercicios resueltos con pericia, asomaría la sombra del artífice que de pronto se antoja un antiguo letrado chino como un reportero o informante, llamado a levantar las actas de unas historias a veces trágicas, a veces secretas, siempre e invariablemente resueltas con maestría, casi se diría ajedrecística.

VI

Los cuentos de *La isla en el horizonte* se imponen al lector no tanto o no solamente en la primera lectura. Se quedan en la memoria como una serie de presencias familiares. Los he leído de uno en uno. Dejando entre lectura y lectura un día. Luego, juntos, luego separados por pares para conocer y desmontar la fina relojería que los arma y que invariablemente da la hora correcta. La hora del horizonte en la isla, la hora de la frontera.

VII

Arturo Echavarría ha dicho que aunque su lengua materna es el español, empezó a escribir tarde en ella, luego de haberse formado profesionalmente en inglés en el campo de las ciencias. Podría decirse que Arturo Echavarría es un escritor extraterritorial, para echar mano de la fórmula con que el crítico George Steiner apellidó las obras de Franz Kafka, Vladimir Nabokov y Jorge Luis Borges. Extraterritorial como algunos escritores hispanoamericanos cuya lengua materna fue otro idioma, como por ejemplo, Julio Cortázar o Álvaro Mutis. Esta extraterritorialidad imprime al idioma en que están escritos los cuentos de este escritor puertorriqueño una peculiar radiación y magnetismo. Quizás ésa es una razón por la cual es difícil dejar de releerlos. **U**

Arturo Echavarría, *La isla en el horizonte*, Editorial Vaso Roto, Colección Umbrales, México, 2016, 126 pp.